



Esta semana ha sido fértil como pocas en novedades y antigüedades del género histórico

El 12 de octubre es una fecha que vale lo menos por tres. Como que en ella se han celebrado el *Descendimiento* de Roca, la *Ascensión* de Quintana y el aniversario del descubrimiento de América, ó por lo menos, de uno de sus más humildes suburbios.

Lo del descubrimiento de América parece que va pasando de actualidad, al cabo de 412 años. Además, tratándose de un continente de tantos metros de longitud y colocado tan al paso, hay que convenir en que resulta un poquillo vergonzoso que se tardase tantos siglos en dar con él. ¡Ni que se hubiera tratado de un alfiler perdido! ¿Dónde tendrían los ojos aquellos fenicios, griegos, cartagineses, romanos, venecianos y demás socios de empresas de navegación?

Verdad es que no hay como descubrir algo, para que resulte que todo el mundo lo sabía y guardaba el secreto para mejor ocasión, y América no ha escapado a esta ley. Conforme pasa el tiempo se amonto-

nan datos y latas para demostrar que este continente era ya muy popular antes de las cruzadas y que lo conocían los normandos, los japoneses, los chinos, los siberianos y desde luego los guaraníes, quichuas, aztecas y otra porción de apreciables aborígenes, que no *se daban* con nadie y á quienes les hizo poquísima gracia que se les entrasen por las puertas los primeros inmigrantes, sin darles tiempo siquiera á votar una ley de residencia, que entonces habría venido que ni de molde.

Mas, con haber sido tan grande la importancia del descubrimiento de Améri-



ca, el principal de los títulos que tiene el 12 de octubre para alcanzar un asiento de preferencia en el templo de la fama, es la caída de Roca.

Lo estamos viendo y no lo creemos. Nos habíamos acostumbrado de tal modo á las generalidades del general, que no podemos hacernos á la idea de que se particularice. Eso es un acontecimiento histórico más grande que la desaparición del imperio romano, en cuya existencia creía todo el mundo tres siglos después de haberse hecho añicos.

Cuando á uno le toca presenciar una catástrofe por el estilo, se conence de que todo es vanidad y necrópolis en esta vida, se entrega á la lectura de las *Ruinas de Idílica* y concentrado y ojeroso, declama para sí:

¡Oh Roca, que hasta el cielo te elevaste!
¡Con qué gran pesadumbre te agachaste!..

Todo esto es ascético, pone de mal humor, quita la gana de comer y de pagar las cuentas, y puede conducir á la filosofía trascendental. Basta, pues, de consideraciones tétricas, olvidemos el amarillo jaramago y el mustio gramajo, y elevemos

